



21 de junio de 1874

No hablar de uno mismo ni bien ni mal

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Me gustaría llamar vuestra atención sobre una práctica de perfección que todo el mundo puede adoptar y que indica que ya estamos trabajando sobre nosotros mismos: hablar poco o nada de uno mismo. San Francisco de Sales insiste en este punto. Dice: *O se habla bien de uno mismo, y es una presunción; o se habla mal, y es una ostentación, un egoísmo y una humildad más aparente que real.* En general, cuanto más se elimine el "yo" y el "mí" de nuestras palabras, más perfección hay en el alma.

Desde el punto de vista de la amabilidad, este es el camino más corto para alcanzarla. A veces nos preguntamos cuáles son las conversaciones molestas. Son aquellas en las que se habla de uno mismo, en las que se cuenta lo que has hecho, lo que has dicho, lo que has pensado, las cosas que has logrado. No es muy interesante para los otros, y hay que evitar ser pesado, al igual que se evitan otros defectos externos: la suciedad, el desaseo, el desorden. Pero este es un pequeño comentario, y no es el motivo por el que debes actuar. La gran recomendación que debes tener en cuenta para evitar hablar de uno mismo es ver hasta qué punto este hábito mantiene y desarrolla el amor propio.¹

Habréis notado que, en los retiros, después de haber recordado los grandes principios: que somos de Dios, que todo lo que hacemos debe estar relacionado con Dios, que debemos servir a Dios en todas las cosas, en medio del retiro, después de habernos presentado todas las virtudes que hay que practicar, debemos preguntarnos cuál es el obstáculo que encontramos en nosotros. Debemos decirnos u oírnos decir que, en el fondo, básicamente, el principal obstáculo es el amor propio.

Y nada contribuye más a la muerte del amor propio que no hablar de uno mismo o hablar muy poco, eliminar: "Yo digo esto. Yo hago esto, yo he hecho tal o cual cosa", porque todo esto desarrolla el amor propio. Si cuidas un poco tus palabras, pronto sentirás la disposición para decir "teníamos razón, habíamos planeado bien, sabíamos esto, evitamos lo otro", en fin, que todas las cosas bonitas que hemos hecho, expresadas o pensadas, y en las que creemos haber demostrado una gran sagacidad y prudencia.

Este es, en efecto, el gran tema de conversación entre las personas del mundo. Para vosotras, hermanas, si realmente queréis avanzar, si queréis llegar a ser santas, emplead esta práctica que os indico. En general no somos fuertes, no podemos hacer grandes austeridades, no tenemos a menudo la oportunidad de hacer grandes actos de abnegación. Pero está al

¹"Personalidad": palabra utilizada en sentido peyorativo en el siglo XIX.

alcance de todos no hablar de uno mismo, y no estaremos más o menos enfermos, cuando hayamos eliminado el *yo* y el *mí* y la historia de lo que ese *yo* y ese *mí*, ha hecho, ha dicho, ha pensado de su sagacidad, su prudencia, sus luces

En cuanto a las personas que hablan mal de ellas mismas en lugar de no hacerlo, resulta un tanto extraño. Y, sin embargo, hay algunas que tienen una necesidad tan grande de hablar de sí mismas que prefieren hablar mal de que no hablar.

San Francisco de Sales es de la opinión de que se pueden cometer imperfecciones hablando mal de uno mismo y no estima ni aconseja este tipo de humildad. Cree que es preferible el silencio.

Esto no significa que en una circunstancia fortuita no se pueda equivocar. Al contrario, es muy edificante. Me viene a la memoria una de nuestras hermanas, y puedo hablar de ella con más libertad al no estar aquí. Cuando se le preguntó por qué tal o cual cosa no se hizo como debía, su primera palabra fue acusarse a sí misma, decir: "Soy una persona torpe. Lo hago todo mal". Y, repito, esto es muy edificante, porque es sincero. No es uno de esos largos discursos en los que se insiste en las miserias, diciendo: "Soy un miserable", y en realidad no es más que el amor propio oculto.

En definitiva, siempre es más perfecto no hablar de uno mismo, pero esto es tan inusual que os doy el ejemplo de esta hermana. Estoy lejos de pensar, que sea la única. Si tuviera que buscar, encontraría a otras que rara vez hablan de sí mismas y nunca en términos de elogio, que evitan contar algo donde ellas aparecen, pero creo que todas deben hacer un trabajo, un progreso, un esfuerzo, sobre el que podrían examinarse cada día de la vida. Nos damos cuenta de que la plenitud del ser se traduce en palabras, y que, al destruir este tipo de necesidad de girar sobre uno mismo, se incrementa el espacio de Dios. Cada vez que eliminamos el *yo* le damos cabida a Dios.

Ciertamente, el desprendimiento de las criaturas amplía la capacidad de nuestra alma para poseer a Dios; pero, de todas las criaturas, la que más permanece con nosotros somos nosotros mismos. Bossuet lo expresa magníficamente en su sermón a Mme de la Vallière².¹⁵¹. Después de grandes sacrificios, dice, después de haber dejado todo, reincidimos sobre nosotras mismas y la gran obra de la perfección religiosa consiste en despojarse de uno mismo.

Desde hace mucho tiempo, hermanas, estamos trabajando para adquirir la perfección religiosa. Busquemos hasta qué punto nos hemos despojado de nosotras mismas. Podemos saberlo mediante un examen sincero, dándonos cuenta hasta qué punto tenemos necesidad de hablar de nosotras mismas y, cuando lo hacemos, en qué medida nos abandonamos absolutamente, sin ninguna inquietud, sin ninguna solicitud, la estima que nos tendrán, lo que pensarán de nosotras. Abandonemos a Dios, queridas hijas, el cuidado de nosotras mismas. Evitemos hablar de nosotras mismas, pensar en nosotras, pero hablemos de cosas buenas, de Dios, de su servicio, de cosas generales que, al ser menos personales, son más interesantes para los otros y también mejores para llevar a los otros a Dios.

² Bossuet predicó el sermón de la profesión de Mme de La Vallière en el Carmelo ante la Reina el Vallière, el 4 de junio de 1675